

Jacobo Borges: memorias del mañana



FOTO OSWALDO DIAZ MIRELES

*"Yo que no he tenido nunca un oficio...
...que he sido arruinado por tantas marchas y contramarchas
...me levantaré del suelo más ridículo todavía para seguir
burlándome de los otros y de mí hasta el día del juicio final".*

Rafael Cadenas
(fragmento poema: *Derrota*, 1963)

Si una civilización es tan grande como son sus sueños y sus sueños son soñados por artistas, para los que protagonizaremos el accidentado drama de la reinención venezolana el análisis sobre la influencia que ejerció una pléyade de artistas e intelectuales sobre la democracia venezolana en sus primeros cuarenta años de gestión deberá formar parte de un análisis ineludible.

Nombres como los de José Ignacio Cabrujas, Rafael Cadenas, Federico Brito, Manuel Caballero, Teodoro Petkoff, Aquiles Nazoa, Alí Primera y Jacobo Borges, entre otros (como outsider agregaría a Jorge Olavarría), serán referencia obligatoria para la interpretación del pensamiento venezolano que distinguió nuestra cultura y nuestra intelligentsia en los años de democracia anteriores al advenimiento del militar Hugo Chávez al poder. La "Generación Naranja" podría denominarse porque ni fue "roja" ni fue "amarilla" según la connotación simbólica que la historia política venezolana le ha dado a tales colores. El amarillo tiene su origen en la lucha contra la opresión imperialista española, los libertadores lo usaron como símbolo distintivo para identificar a los independentistas, desde entonces se le ha asociado a la libertad, a la república y a la democracia. El rojo, relacionado es-

pecialmente a Boves, era el símbolo del imperialismo español, defendía a la España opresiva y bajo la pantomima de la defensa de los descamisados, de los pobres y de los excluidos, reclutaba a venezolanos para luchar contra venezolanos; de algún modo representa cualquier forma de caudillismo y puede ser asociado con el estatismo, el comunismo, y toda la sugestión hipócrita que tales tendencias ofrecen al hombre en nombre de la libertad.

La Generación Naranja no fue ni roja ni amarilla, fue su combinación y, digamos, su síntesis desde el punto de vista simbólico. Aunque se desempeñaron como agentes activos de engranaje del sistema republicano en ciernes, fungieron como los chicos malos, críticos indoblegables, de éste. Actuaron como los fustigadores innatos frente al estado de las cosas y su rebeldía los destacó especialmente por la lucidez y penetración de sus ideas. La mayoría formó y participó en el partido político naranja, el Movimiento al Socialismo (MAS), o formó movimientos políticos independientes, como OPINA, liderado por Jorge Olavarría. Fatal y genial, contradictoria e idealista, la Generación Naranja brilló no sólo por su imaginario crítico sino también por su agudeza y sagacidad ideológica; cuando se le estudie habrá que retar su fortaleza espiritual para penetrar y sopesar su profundidad visionaria.

Un análisis sesudo de la Generación Naranja favorecerá sus aciertos y relegará sus cegueras. En el plano de la estética habrá poco que agregar pues sin duda marcaron nuestra era: entre Cabrujas y Borges se cifra un rigor alucinante, a un tiempo aterrador e ilustrado que junto al canto de Cadenas forman el coro que nos revelará la intensidad venezolana de aquellos años.

Es una lástima que la mayor parte de la Generación Naranja haya empuñado todo el rigor de su razonar ideológico con la mano izquierda, habría sido fructífero para el país algo de equilibrio en sus fervores y angustias. De hecho, todo parece indicar que la historia los acusará de haber ejercido una influencia adversa en el experimento anacrónico que signó la confusión del principio del siglo XXI venezolano: la revuelta socialista. Resulta paradójico que el único movimiento de la izquierda latinoamericana que ejerció la autocritica como estandarte de lucha haya derivado en dogma de fe. ¿Naufragio pedagógico o inconsistencia conceptual? Ambas, pero, definitivamente, la inconsistencia conceptual domina, la historia lo ha mostrado: Cuba o la Unión Soviética como reminiscencias del fango...

En Venezuela el ensayo de los oscuros discípulos de la Generación Naranja ha sido también una memoria enlodada. Política de sordos o de epilépticos, la revuelta socialista nace tullida por el empleo del resentimiento como mecanismo “publicitario” de disputa. La denuncia resultó –según fuese la ansiedad de rating– retórica de aniquilamiento: acusar mancillando; en el mejor de los casos jamás política.

Sortear este estremecimiento histórico será un reto para la generación que emprenderá la reinvencción venezolana. Imprescindiblemente deberán favorecerse de la interpretación de los precursores fortuitos de la revuelta socialista –entiéndase la “Generación Naranja”– para desmantlarla. Sin sobresaltos y con la imaginación crítica que exige coyuntura.

.....



¿Qué ofrece en estos días la Generación Naranja para atender la epilepsia socialistoide como expresión política?

Ofrece la pausa visionaria de Jacobo Borges, quien, en medio del tiroteo verbal prefiere el silencio y la abstracción, la siembra: CasArtes.

Octavio Paz señala que la crítica del arte debería de ser una invitación a ver. Yo agregaría que, además, la crítica debería de ser una invitación a participar en la obra, ser ella. Desprendimiento y manifestación que nos fusiona, evapora y hace criaturas de una visión. Así CasArtes: visión que nos evapora y nos convierte en criaturas de una ficción, en memoria del mañana.

Ubicada en la población de San Diego de los Altos, CasArtes es sin duda la obra más importante del maestro Jacobo Borges. Quién no la conozca posee una lectura parcial del artista, ignora al hombre comprometido que no necesita de un micrófono o de una tribuna para hacer florecer un sueño civilizatorio. Recientemente la visité y en medio de la ensoñación no pude menos que pensar en la prometedora Venezuela que podemos ser. Me desprendí y fui memoria del mañana.

CasArtes enseña oficios, artes, idiomas y computación a niños y jóvenes de un pequeño poblado venezolano. Su idea, además de ilustrar, es deslastrar prejuicios y liberar al aprendiz ensanchando sus horizontes creativos. De hecho, para darle subsistencia a la institución, los jóvenes y niños en combinación con sus madres también aprenden a bregar con el tema de la economía: el libre mercado, planificación, producción y ahorro. En ese sentido, confeccionan artesanías y objetos que ofrecen en venta, el dinero que resulta de ésta sirve para comprar nuevo material de apoyo, pagar profesores, equipar y dar mantenimiento a las instalaciones. En fin, idean, planifican, producen y ahorran para florecer y prosperar como ciudadanos.

La misión, por llamarla de algún modo, es fomentar y hacer ciudadanos heterogéneos y productivos, sensibles a la belleza, capaces de razonar pero, sobre todo, capaces de crear e intercambiar los productos de su esfuerzo creativo. Para Borges hacer énfasis en el arte es una manera de ampliar el criterio de quien aprende y de prepararlo para descifrar, a través de la abstracción, la confusa sociedad en la que vive. No se trata exclusivamente de hacer artistas y músicos, se trata de desarrollar integralmente al individuo para otorgarle fortalezas que le permitan arrostrar tiempos y coyunturas de altísima competencia y compromiso como la globalización o la transculturización.

Cuando uno visita CasArtes y descubre aquella esperanza encarnada no puede menos que volver a reputar al país: en medio de la estridencia aún queda espacio para la conciencia y el sueño. No dudo en señalar que si este esfuerzo se expandiera por todo el territorio nacional el proceso de la reinvencción venezolana se facilitaría; por supuesto, como en la cultura y las artes, regenerándose permanentemente. La realidad sociopolítica dificulta un sueño como CasArtes porque, otra vez, vivimos el preámbulo de la violencia y la sangre. Sin embargo, si la mayoría de nosotros, cualquiera que sea nuestra afinidad ideológica o política, pudiéramos suspender nuestros amargos debates, abstraernos de la retórica de la aniquilación y volcar nuestro rostro hacia el arte (plataforma de convivencia), hacia CasArtes, podríamos iniciar juntos el peliagudo proceso de la reinvencción.

En lo personal voy descifrando a la Generación Naranja través de sus obras y legados. Noto cómo, sin contradecir frenéticamente los postulados históricos que ofrecieron ayer en el devenir de la lucha política, que tanta influencia ejerció sobre la actual revuelta socialista, ofrecen su imaginación y trabajo para la creación de una solución unitaria y reconciliadora a la crisis. Cada uno en su ámbito ha abonado bocanadas de aire fresco al camino que considero se recorrerá hacia la fundación de una Venezuela de primer mundo. Siempre vigentes sus pensamientos, nos muestran una reflexión de lo que hemos sido y de lo que podemos ser en el futuro sin la necesidad de recurrir a la bala o al tanque como suicidas argumentos para la resolución de conflictos. Emerge del barro, como Adán, una ilusión humanista, un soplo fresco en medio del huracán político. Inquiero: quién nos dice, por ejemplo, que CasArtes no podría ser una parte de la agenda para la consecución de la revolución cultural añorada; quién se atreve a negar la inmensa posibilidad que ofrece esta obra a nuestra cultura; quién no sembraría CasArtes por Venezuela; quién se abstiene de soñar, como artista, en la hora culminante de la transformación hacia un país de primera; quién frustra el humanismo...

Jacobo Borges no lo hace, él ya soñó y materializó la primera fase de su mejor obra, nos legó su memoria del mañana: CasArtes.

¿Quién lo secunda? | **PYV** |